
GUERRA DE REFORMA.

LIBRE Oaxaca de las fuerzas reaccionarias que pretendieron dominarla, pudo enviar á Veracruz, donde se había establecido el Gobierno, una brigada que en aquella plaza prestó importantes servicios.

Al mismo tiempo levantaba nuevas fuerzas, para poner al Estado á salvo de un golpe de mano de los reaccionarios.

Los repetidos triunfos que éstos obtuvieron en el interior de la República, los puso en aptitud de enviar sobre Oaxaca una expedición al mando del General Miñón, en el Otoño de 1859.

El Coronel D. Ignacio Mejía ocupó el pueblo de Teotitlán para disputarle el paso, con dos mil hombres de la segunda brigada del Estado, cuyo mando acababa de recibir.

El treinta de Octubre se trabó un combate, en el que las fuerzas liberales fueron derrotadas, y se dispersaron en su mayor parte.

Grande fué la impresión que este acontecimiento causó en la capital del Estado; y no contando con otros me-

dios de resistencia que con 247 hombres del batallón Juárez, el Gobierno resolvió evacuarla y refugiarse en la sierra de Ixtlán.

Esto se verificó el cuatro de Noviembre, y el seis del mismo entró en Oaxaca la vanguardia del enemigo, que mandaba D. Marcelino Cobos con fuerza de 600 hombres.

El diecinueve lo verificó D. José María Cobos con otros 500 hombres y seis cañones.

Entiendo que deben haberse incorporado después más tropas y más artillería, (1) según aparece por los acontecimientos que siguieron.

A pocos días Cobos destacó una partida con objeto de batir al Coronel D. Porfirio Díaz, que se hallaba en Tehuantepec. Este Jefe levantó la gente que pudo, y concentrándose en Juchitán, logró derrotar al Jefe reaccionario.

En seguida se dirigió con sus fuerzas hacia el centro del Estado, con el objeto de incorporarse á las de la Sierra, mientras éstas se movían combinadamente para facilitar la operación.

Pero el enemigo logró interponerse entre las dos columnas, y habiendo derrotado en Mitla al Coronel Díaz, el 23 de Enero de 1860, se preparó á recibir á las fuerzas que descendían de la Sierra, acaudilladas por el Gobernador del Estado, Díaz Ordaz.

El total de las fuerzas que mandaba este señor, ascendía á mil ciento veintitrés hombres y dos obuses de montaña.

Don José María Cobos, con fuerzas muy superiores en número á las liberales, les salió á éstas al encuentro en Santo Domingo del Valle, donde siendo derrotado con pérdida de seis piezas de artillería, se refugió violentamente en la ciudad.

Por desgracia, esta victoria costó muy cara á los liberales, pues entre los muertos que tuvieron se contaba á

(1) Supongo que al evacuar á Oaxaca, dejaron los liberales alguna artillería.

su Gobernador y caudillo, causa por la que detuvieron su marcha triunfante sobre la capital.

Esta acción tuvo lugar el día 24 de Enero de 1860.

Cuando el Licenciado D. Marcos Pérez cubrió la vacante que había dejado en el Gobierno el Señor Díaz Ordaz y se hubo nombrado Comandante de la brigada al Coronel D. Cristóbal Salinas, pudo continuarse la marcha interrumpida.

En los días 31 de Enero y 1º de Febrero, llegó la columna, aumentada con la fuerza que condujo el Coronel Díaz, al pie de los cerros que dominan á la ciudad de Oaxaca, y después de algunos tiroteos, logró ocuparlos definitivamente el día 2.

Todas estas noticias las he tomado de la Memoria que el Coronel Ramón Cajiga, testigo de los hechos y Gobernador del Estado, presentó al Segundo Congreso de Oaxaca el 16 de Septiembre de 1861.

El Gobierno de Veracruz nombró al General D. Valente Rosas Landa para dirigir las operaciones sobre la ciudad, y con él á varios Jefes y Oficiales que llevaba á sus órdenes.

En los días 14 ó 15 de Febrero llegó el General con sus subordinados al campamento liberal.

Los Jefes y Oficiales que llevaba á sus órdenes eran los siguientes:

- Coronel Villasana.
- Teniente Coronel Zuveldía.
- „ Centeno
- „ Balbontín.
- Comandante Subikurski.
- „ Tabakinski.
- „ Enasti.
- Capitán Licastro.
- „ Baysse.
- „ Luévanos

y otros varios subalternos cuyos apellidos no recuerdo, entre ellos, un americano que se llamaba Juan, que no

figuraba con ningún grado, y que luego fué conocido por Juan Particular.

Al encargarse del mando el General Rosas Landa, el estado de las cosas era el siguiente:

Según la revista pasada el 7 de Febrero, la brigada ascendía á mil cuatrocientos hombres, entre ellos, unos setenta de caballería mal montados y mal armados, que casi nunca se hallaban en el campo, por andar expedicionando con objeto de arbitrar víveres y otros recursos para la tropa.

La artillería constaba de cinco obuses de á 12^c de montaña, de dos obuses de 12^c alargados y de un cañón largo del calibre de á 6.

El armamento de la infantería se componía de fusiles de percusión de 14 y 15 adarmes, de fusiles de chispa de 15 adarmes, de carabinas de Minié, de rifles de Mississippi y de fusiles de 19 adarmes.

Cuando la brigada salió de la Sierra, el día 20 de Enero, llevaba 200 tiros para la artillería y 104,440 cartuchos para la infantería. De estas cantidades deben deducirse las municiones que se consumieron en la acción de Santo Domingo del Valle, y aumentarse las que allí se le quitaron al enemigo.

No tengo datos para saber cuál era el estado del parque á la llegada del General Rosas al campo, pues los más próximos á aquella fecha que conservo, son de 3 y de 7 de Abril.

En 3 de dicho mes el estado de existencias era el siguiente:

565 granadas de á 12^c. entre ellas 81 sin cargar.
11 botes de metralla para obús de á 12^c.
86 balas de á 6.
11 granadas de á 6.

673 total.

En la relación del día 7 aparecen 88,376 cartuchos con bala, para armas portátiles de todos calibres.

Tenemos, pues, 576 tiros para obús de á 12^c, tocán-
doles 82 por pieza y 97 tiros para cañón de á 6.

A cada soldado le tocaban $63\frac{176}{1400}$ tiros; y suponiendo que tuvieran cuatro paradas en la cartuchera, serían $103\frac{176}{1400}$ tiros por hombre.

En una acción en que tomara parte toda la brigada, suponiendo que la artillería podía disparar cinco tiros por minuto, consumiría sus municiones en menos de media hora.

La infantería, disparando también dos tiros por minuto, por hombre, consumiría en menos de una hora sus municiones.

En cuanto á instrumentos de zapa, habría en el parque hasta una docena de útiles.

Respecto á proveeduría de víveres, no existía, alimentándose la tropa con la harina y las reses que la caballería conducía al campo.

Los botiquines y todo lo concerniente á la ambulancia se hallaba en consonancia con los demás servicios.

Por último, la Tesorería no tenía un real, y los pocos fondos que se recaudaban por la caballería, servían para gastos urgentísimos y para dar cada quince días medio real á la tropa y pequeñas cantidades á los Jefes y Oficiales.

Por lo que hace á la calidad de las tropas, los batallones Juárez, Morelos y segundo, se componían, en mucha parte, de la gente que había formado los cuerpos activos del Estado, que fueron disueltos á la caída del General Santa Anna. Tenían regular instrucción y se lanzaban al combate con mucha bizarría. Respecto de disciplina, dejaban bastante que desear, como se verá en el curso de estos apuntes.

Las demás fuerzas eran compuestas de indígenas de la Sierra, excelentes tiradores y de buena moralidad; pero sin ninguna instrucción capaz de que pudieran combatir en campo raso, donde fuese preciso maniobrar.

El lado débil de esta fuerza consistía en que con frecuencia pedían permiso para ir á sus casas los soldados, donde permanecían por algunos días; verificándose así,

que continuamente iban y venían de la Sierra, disminuyendo el efectivo de combatientes que había en el campo.

Estos eran los elementos con que se contaba para tomar la ciudad de Oaxaca.

Véase ahora la situación topográfica de esta ciudad.

Entre el valle de Tlacolula, que se halla al Oriente, y el valle de Etna, situado al Occidente, se avanza un estribo de la Sierra de Ixtlán, que los divide, y va deprimiéndose gradualmente hasta terminar hacia el Sur á poca distancia del monte Alban, dejando un paso estrecho que comunica los dos valles referidos.

En el término de dicho estribo, y en su descenso, comienza el caserío de la ciudad en el punto llamado "El Petatillo," extendiéndose en seguida en la llanura que da principio al valle de Tlacolula.

Con el caserío de la ciudad se liga el del Marquesado, siguiendo las irregularidades del pie del estribo y volteando al Occidente del valle de Etna.

Esta descripción se hará más comprensible, dirigiendo una mirada al croquis que al fin de estos apuntes se acompaña y que servirá también para entender fácilmente la relación de las operaciones militares que tuvieron lugar á principios del año de 1860.

Las fuerzas de la Sierra se habían aproximado á la ciudad, ocupando las alturas que la dominan, donde establecieron su campamento á cielo raso y se decía que estaban sitiándola. Pero la verdad de las cosas es que ellas eran las sitiadas, porque careciendo de caballería y disponiendo el enemigo de un número respetable de esta arma, él dominaba en ambos valles, y la gente no podía bajar á proveerse de agua, que tenía que tomar en el río Atoyac, sino en la noche, ó aprovechando la ausencia de fuerzas enemigas.

En el valle de Tlacolula los reaccionarios tenían de día y de noche un escuadrón montado (*a*), enfrente de nuestras posiciones, con algunos ginetes avanzados que observaban cuanto pasaba en los cerros.

Ignoro si el enemigo comenzó á fortificar la ciudad desde el momento que la ocupó, pero á la llegada del

General Rosas Landa, contaba con un extenso perímetro fortificado que abrazaba los edificios más fuertes.

Por el Norte, Santo Domingo y el Carmen; por el Oriente, la Merced; por el Sur, San Francisco; y por el Occidente la Sangre de Cristo; ocupando el ángulo S. O. el fuerte Convento de la Concepción.

De todos modos, desde el 24 de Enero en que tuvo lugar la acción de Santo Domingo, hasta el 15 de Febrero en que llegó al campo el General Rosas, tuvo el enemigo 22 días para fortificarle, y los aprovechó perfectamente.

Las calles estaban cortadas con parapetos de relieve y espesor considerable, defendidos por anchos y profundos fosos llenos de agua.

Las alturas cubiertas con sacos á tierra y las bóvedas de las iglesias con artillería. Las tapias y paredes de las casas, aspilleradas, y las puertas barricadas.

La guarnición era más fuerte en número que la fuerza destinada para atacarla; la artillería también más numerosa, contaba con mayores calibres que la nuestra.

Sabido es que la construcción de los edificios de Oaxaca se hace en gran solidez, á consecuencia de los frecuentes terremotos, y que en este concepto, no hay ninguna población que le supere en la República.

Hablando el Capitán Mr. G. Nio, perteneciente al Estado Mayor del Ejército Francés, en su obra titulada "Expedición de México 1861.—1867," de la resistencia que podría oponer Oaxaca, se expresa así:

"Las obras defensivas del enemigo eran bastante importantes para exigir en cierto modo *las operaciones de un sitio regular*. Cuatro grandes Conventos colocados en los cuatro puntos cardinales de la Ciudad, formaban en alguna manera los bastiones de un basto reducto cuadrado, en que una doble línea de barricadas y de casas fortificadas formaban las cortinas" [pág. 447.]

Los franceses llevaron seis mil hombres al asedio, con doce cañones de á 12 de *sitio*, dotados cada uno con *tres mil* proyectiles: ocho cañones de á 4 R. rayados: seis

morteros de varios calibres, y dos obuses de á 12 de montaña servidos por sus auxiliares. Total 28 piezas de acción eficaz. [pág. 448.]

Es verdad que la ciudad se hallaba en mejor estado de defensa que en 1860; pero comparando estos elementos con los que nosotros poseíamos en aquella época, se podrá notar una desproporción extraordinaria. También hay que notar que en esta ocasión, los cerros los ocupaban los defensores de la ciudad, habiendo construido en ellos algunas obras de campaña de poca importancia. Pero esta no era la gran dificultad que tenían que vencer los franceses, sino los parapetos construidos en la calle.

En Puebla tomaron en tres días el fuerte de San Javier, muy superior á los construidos en Oaxaca, y demolieron el Fuerte de Ingenieros de mayor importancia; pero fracasaron completamente en todos los ataques que dieron en las calles; y durante dos meses, en los que apelaron á todos los recursos que ofrece el arte, sin excluir las minas, no lograron penetrar en el recinto fortificado.

La razón es muy sencilla.

En las obras descubiertas de las plazas, es fácil concentrar el fuego de las baterías sobre los puntos convenientes; desmontar la artillería del sitiado, abrir brecha y dar el asalto, ya sea marchando con la zapa, ya lanzando las columnas después de un vivo cañoneo, según sea la calidad de la obra que se ataca y la fuerza que la defiende.

Mas en las calles, en donde no hay campo de tiro para la artillería, donde no pueden enfilarse las piezas enemigas, ni dominarlas por el número, viene á ser ineficaz su acción; y sólo por medio de horadaciones, por el incendio, por la mina, y en caso raro, por una batería que encuentre emplazamiento para establecerse con campo de tiro despejado, podrá abrirse brecha en el recinto fortificado.

Para mayor inteligencia pondré aquí algunos ejemplos gráficos en apoyo de lo que llevo expuesto, y servirán mejor que largos razonamientos.

Sea en la figura primera *AB*, un frente de un recinto fortificado compuesto de dos medios baluartes y una cortina: cada medio baluarte consta de una cara y un flanco.

Las líneas que parten hacia el lado exterior representan la dirección de los fuegos de estas distintas partes. Se vé en seguida que si una fuerza quisiera atacar siguiendo la línea de los puntos *CD*, tendría que pasar por los puntos *EF*, donde concurren los fuegos de los medios baluartes y de la cortina, siendo aquellos más peligrosos á proporción que la fuerza avanzase, por ser más eficaz la acción de la metralla y de la fusilería. Por el contrario, siguiendo las capitales de los baluartes *GH*, que se hallan más desprovistos de fuegos, la empresa puede ser realizable.

Es bien sabido que estos ataques se verifican pie á pie por medio de la zapa, y protegidos por baterías; pero aquí haré abstracción de los detalles, pues es mi ánimo hacer fácil la comprensión de este relato.

Pero por lo expuesto no es difícil comprender que todo ataque al descubierto que siguiera la línea de puntos *CD*, terminaría por una catástrofe, pudiendo establecerse desde luego, que aun los ataques cubiertos por la zapa nunca se dirigen sino siguiendo las líneas *CH*, capitales de los baluartes.

En la figura 2^a la línea *AB* representa una serie de baluartes y cortinas. Se vé en ella el modo con que se establecen las baterías *C*, para enfilar y desmontar la artillería de los baluartes adyacentes *D*, abrir brecha en el saliente *F* y dar el asalto siguiendo la dirección de la capital *CH*, con la columna *E*, precedida de una multitud de tiradores que al llegar sobre la contra escarpa auyenten de la brecha á los que la defienden y desvíen los fuegos de los que tiran desde los parapetos.

Esta clase de asaltos, que se llaman á viva fuerza, se efectúan sobre obras de campaña ú otras que sean de poco relieve y que no tengan revestimiento de mampostería. Pero en uno y en otro caso, la artillería ha podido

hallar fácilmente emplazamientos donde colocarse con ventaja, para arruinar la artillería y las defensas de los atacados.

Solamente de este modo se concibe, que puedan abordarse fortificaciones relativamente importantes.

La figura 3^a representa una parte del recinto fortificado en el interior de una ciudad. Sea la línea de manzanas *AB*. Las calles *CD* han sido cortadas con los parapetos y fosos (a). En este sistema pueden considerarse las manzanas *F*, como baluartes con sus caras (b) y sus flancos (c) y los parapetos y fosos como cortinas.

Observando los fuegos cruzados que producen los flancos con los parapetos, que pueden aumentarse formidablemente con los de las alturas, se comprende muy bien que si el ataque de una cortina en una fortificación descubierta es poco menos que imposible, en el caso presente las dificultades se aumentan; y que semejantes ataques no puede menos de ser desgraciados.

El uso de la artillería es de poca utilidad, porque las manzanas *E* ocultan completamente los parapetos (a), que no pueden ser enfilados; no quedando otro recurso que colocarla en (d.) naturalmente cubierta.

En este caso no puede dominarse la artillería contraria, porque el mismo número de piezas que se pongan en batería podrá oponer el defensor, quedando reducido todo, á un fuego directo que mantendrá las cosas en equilibrio.

En este sistema, los ataques tienen que dirigirse á las que hemos llamado caras de los baluartes, esto es, á las cabeceras de las manzanas, lo que tendrá que verificarse forzosamente por medio de horadaciones que harán las veces de las paralelas y de los *zigs zags* que se construyen en los sitios, y nunca meter las columnas directamente por las calles, pues serían indudablemente acabadas.

Quando llegaren los trabajos á hallarse frente á la línea enemiga, de acera á acera, restará penetrar en el recinto de la plaza.

Los medios que pueden practicarse para conseguirlo, son los siguientes:

- 1^o Por la escalada.
- 2^o Por el incendio.
- 3^o Por la mina.
- 4^o Por la artillería.

Para usar el primer medio sería necesario que el sitiado hubiese descuidado barricar balcones y ventanas; que éstas no se hallasen á considerable altura, y que la fuerza del enemigo fuese poca y descuidada; y finalmente, que el punto donde se verificase la escalada no estuviese flanqueado.

El segundo medio daría lugar á formar una nueva línea de defensa dentro ó detrás de la misma manzana, porque el incendio detendría nuestra marcha mientras durase.

Las minas son indudablemente el mejor recurso para estos casos, porque pueden practicarse fácilmente, si el terreno es seco; y si no son sentidas, el enemigo sorprendido no tiene tiempo para hacer nuevos retrincheramientos, ni para rechazar el asalto, que debe seguir inmediatamente á la explosión.

En cuanto al abrir brecha con la artillería, es recurso seguro; pero solamente en el remoto caso de hallar un lugar á propósito para establecer las baterías, y que estas sean de calibre suficiente para vencer la resistencia que los muros puedan oponer.

Ya conocidos los recursos con que contaban los liberales, y los medios defensivos de que disponían sus contrarios, tomando también en cuenta las consideraciones militares que acabamos de exponer, sobre el valor relativo de las fortificaciones y el modo posible de atacarlas, podemos comenzar la historia de los tres memorables meses que duraron las hostilidades entre los dos campos.

En cuanto llegó el señor General Rosas Landa y se impuso del estado en que todo se hallaba, dispuso la construcción de una barraca para poner á cubierto las

municiones y armamento del parque general, que estaban esparcidos en el campo, sin ninguna seguridad.

Mandó igualmente, que en los puntos artillados se construyesen repuestos cavados en tierra, donde se colocasen las municiones para ponerlas á cubierto tanto de la intempérie como de los proyectiles enemigos.

Ordenó que se repusiera un puente de vigas que servía para pasar una gran cortadura escavada entre las mesetas de la Soledad y de la Libertad, que fué practicada en tiempo de la insurrección, y cuyo puente habían desvaratado sin motivo.

Hizo también que el Fortín de la Soledad, comenzado á construir con sacos á tierra, se continuara hasta concluirlo.

Prohibió que se hiciera fuego de artillería sin objeto, y del cual se había hecho un grande abuso, pues si bien era cierto que el enemigo consumía gran cantidad de proyectiles, también lo era que no causaba en nuestro campo efecto alguno sensible.

Con nuestras piezas de débiles alcances, colocadas á una altura considerable y á larga distancia, no podíamos causar daño mayor, porque los proyectiles cuyas trayectorias eran fijantes no tocarían más que un punto donde cayendo quedarían inmóviles.

Esta clase de fuegos que se llaman verticales, se usan ventajosamente en el ataque y defensa de las plazas, para buscar el enemigo detrás de las obras. *Carnot* los recomienda mucho en su "Defensa de las Plazas Fuertes." Así es que obuses (cortos) morteros y pedregosos se sitúan á descubierto para disparar con débiles cargas por encima de las murallas y arrojar sus proyectiles sobre los trabajos del sitiador. Pero esto se hace cuando aquel avanza á la zapa hacia el glacis. Para esto se coloca un número competente de aquellas piezas de grandes calibres y se hacen converger sus fuegos en el punto conveniente, sobre el cual se arroja una lluvia de proyectiles. Como puede observarse, no es este el caso en que se hallaba nuestra artillería. Reducida á un número demasiado corto, con calibres por demás débiles, situada en una emi-

nencia á distancia considerable, y cuando no se trataba de ningún ataque, se hubieran consumido sus municiones, sin que algún daño accidental que se hubiera causado á la guarnición, contribuyera en modo alguno en el resultado de las operaciones. Se sabe que todos los escritores militares proscriben los cañoneos que no tengan más objeto que algunos grupos de hombres aislados, y las luchas con la artillería enemiga, sino en el caso que se prepare un ataque decisivo.

Había también una razón de importancia, y era que la escasez de municiones nos obligaba á conservar las nuestras para los momentos críticos.

Así, pues, quedó ordenado que sólo se hiciera uso de la artillería en el caso en que el enemigo intentase un ataque formal á los cerros.

Se dictaron algunas providencias para el mejor servicio, nombrándose Mayor General al Coronel Villasana, y dando á los demás Jefes y Oficiales que el General llevó, diversas comisiones; ya señalándoles puntos en el campo, ya nombrando ayudantes del General.

Todas estas disposiciones fueron muy mal recibidas por la mayor parte de los que componían la brigada, porque desde luego denotaban que la situación expectante se iba á prolongar por tiempo indefinido. Se había creído que en el momento de la llegada del General se daría el asalto á la ciudad, y se sufría una descepción dolorosa.

Como gran parte de la tropa y casi todos los Jefes y Oficiales eran vecinos de Oaxaca, donde tenían sus familias é intereses, ardían en deseos de entrar á sus hogares, considerando que la decisión de que se hallaban animados sería bastante para vencer todos los obstáculos.

Además, muchos empleados, unos con sus familias, y otros sin ellas, habían seguido á las tropas, lo mismo que mucha gente del pueblo que no quería sufrir el yugo reaccionario. El campamento estaba lleno de ella, y puede concebirse la miseria que sufriría sin hallar modo de proporcionarse recursos y sin esperanza de ob-